

MC_TIMOTEO_EN LA COLONIA

Cuando a Emiliano Renzo le dijeron, le ordenó el jefe en realidad, que tenía que ir a hacer una auditoria a la Colonia Montes de Oca sintió un ligero malestar. Pensó que desde que le habían diagnosticado colon irritable cualquier cosa que comía le caía mal. Mientras juntaba los papeles recordó que estaba con el estómago vacío porque aún no había desayunado. Descartado el malestar por la ingesta de algún alimento nocivo para su salud, volvió a sentir nuevamente la misma sensación. Terminó de ordenar la documentación y las planillas que necesitaría para hacer su trabajo (no quiero olvidar nada, pensó) se despidió de sus compañeros que apenas lo miraron, y emprendió el regreso a su casa. El jefe le permitió irse 20 minutos antes para organizar la excursión del día siguiente. Era la primera vez que no se quedaba después de hora tratando de impresionar a la jefatura. No faltó el gracioso que le dijo que le mandase saludos a la Dra. Giubileo. Emiliano se rio sin ganas y salió de la oficina rumbo al subterráneo. Desde el barrio de Boedo, donde vivía, a la Colonia había cerca de 80 kilómetros. Como la ruta era muy mala, llena de pozos y camiones, le había dicho Melena vecino de escritorio que tenía una casa de fin de semana por esa zona, decidió salir a las 6 de la mañana para estar a las ocho por ahí. Era pleno invierno y amanecía tarde. Iba a manejar un tramo de noche, pero casi todo sería por la ciudad. En la ruta la luz de la mañana iba a acompañarlo. El trabajo le llevaría unas siete u ocho horas o sea que a más tardar al crepúsculo estaría pegando la vuelta.

Esa noche no quiso comer para evitar algún malestar nocturno. Igualmente durmió muy mal. Los pensamientos lúgubres no lo dejaron dormir, ¿y si rompo algún neumático por culpa de un bache o se me queda el auto en la mitad de la ruta, pensó? Esas alternativas fueron suficientes como para desvelarlo. Igual a las cuatro se quedó

dormido. A las cinco y media, como un taladro, sonó el despertador. Desayuno en la Colonia, dijo, y ahí nomás de vestimenta sport (a la oficina iba de riguroso traje, chaleco y corbata) y el maletín lleno de papeles se aventuró a la travesía. Amaneció muy feo, pero sin lluvia. El sol se escondía tras oscuros nubarrones. No rompió un neumático ni se le quedó el auto. Con precisión suiza, a las ocho en punto, hacía su ingreso a la Colonia. El guardia de seguridad le tomó el número de documento, ya estaba avisado que iba a llegar un forastero, y le abrió la barrera. Lo estábamos esperando Don Emiliano le dijo y que tenga un hermoso día concluyó con una sonrisa. Qué amable pensó, hasta sabe mi nombre.

La Colonia Montes de Oca se hizo muy conocida porque allí desapareció La Dra. Giubileo en el año 1985, un 17 de junio, hecho que conmocionó al país ya que la Dra. fue esa noche a hacerse cargo de la guardia nocturna, en la que extrañamente estaba sola y nunca más se supo algo de ella.

La Montes de Oca es un establecimiento de 276 ha con un gran pantano en el fondo y que tiene pabellones construidos en 1915 en donde moran los internados. Es “open door” en la cual sus pacientes son oligofrénicos de muy escasos recursos. Los oligofrénicos son deficientes mentales, personas cuyo desarrollo intelectual se vio interrumpido por causas genéticas y generalmente tienen mal formaciones físicas.

Una vez dentro de la Colonia y a medida que avanzaba con el auto, a Emiliano, lo asaltó una profunda sensación de tristeza. De la entrada a la administración hay un camino rodeado de cipreses y a la derecha se van ubicando los pabellones, 7 en total, empezando por el séptimo hasta llegar al uno que es la administración. A medida que Emiliano avanzaba salían a su cruce internos para saludarlo, pedirle cigarrillos, parece

una liturgia ese pedido, y palmearle el automóvil. Emiliano dejó la vista clavada en uno de ellos que con una sonrisa extraña lo siguió hasta que desapareció del espejito retrovisor. Su cuerpo estaba encorvado hacia adelante y su andar discontinuo, como si lo aquejase una persistente cojera. Al llegar a la administración, pabellón uno, fue recibido por el director de la institución, parecía un interno más, y la contadora, Nilda, un personaje que se asemejaba más a una paciente de un neuropsiquiátrico que a una profesional de las ciencias contables. Por un momento se acordó de su compañero de oficina y pensó, para romper el hielo, decir que le mandaban saludos a la Dra. Giubileo, pero afortunadamente abortó su decisión que hubiese quedado como un ridículo chiste de mal gusto.

La jornada laboral resultó tranquila. Lo ubicaron en un escritorio con vista al crematorio y sin sobresaltos tomó nota de las planillas de gastos, las transferencias recibidas y cerca del mediodía lo invitaron a almorzar. Su colon irritable le hizo dudar de la ingesta, pero era tal el hambre que no pudo resistirse a un estofado de lentejas y un budín de pan con dulce de leche. En el almuerzo, con Nilda y el director, hablaron de temas superfluos pero varias veces le hicieron mención si le gustaría conocer los pantanos que se extendían por detrás de la Colonia. De compromiso y para no quedar como un cobarde, Emiliano Renzo les dijo que si, pero siempre y cuando terminase de recolectar toda la información que necesitaba para redactar el informe. No podía volver a la oficina sin el trabajo terminado. Su jefe era una persona muy estricta y aficionada a los despidos de personal ante el más mínimo incumplimiento. La tarde siguió tranquila y la auditoría fluyó sin interrupciones. El crepúsculo avanzaba, las sombras se iban adueñando del predio con un extraño color punzó que coloreaba el camino hacia la salida de la Colonia. Allá lejos, cerca del horizonte, densos nubarrones se congregaban presagiando una función macabra. A las cuatro y media, Emiliano,

decidió que ya era tiempo de emprender la retirada cuando se presentó el primer contra tiempo laboral. La contadora buscó por todos lados el expediente de la licitación del servicio de limpieza de la Colonia y recién pasadas las seis lo halló entre estantes destartados de un antiguo depósito. Nilda, la contadora, le pidió disculpas por el atraso sin poder entender quien había llevado el expediente a ese lugar que ya estaba en desuso. Emiliano no se podía ir sin analizarlo ya que el informe quedaría incompleto. Parece adrede pensó, justo cuando tenía decidido partir. Los nubarrones que nacían en el horizonte ya se habían corrido y cubrían todo el cielo, amenazantes. La contadora trajo el expediente y Emiliano comenzó a analizarlo labor que terminó de hacer casi a las siete, dos horas y media después de lo previsto. Miro el reloj y se lamentó el atraso. Ya para ese momento, la noche era negra y cerrada solo iluminada por los relámpagos que comenzaban a zigzaguear entre nubes gruesas y cargadas de agua. Un rayo como luminaria, un trueno, otro estruendo a los pocos segundos, pero esta vez como el detonar de una bomba y el lento pero persistente repiquetear de las gotas de lluvia. En pocos segundos el aguacero se transformó en un rio vertical que caía sin interrupción no dejando ver más allá de la nariz. Emiliano se asomó por la ventana, prendió un cigarrillo y maldijo el momento en que el expediente de la limpieza hubo aparecido. Es inconcebible que todavía este acá, pensó. La tormenta se había desatado con inusitada violencia. Por momentos el viento hacía que la lluvia fuese paralela al suelo y los relámpagos transformaban la noche en día por unos segundos. Le aconsejaron que aguardara un rato a que amainase el temporal porque la ruta era inundable y se tornaba muy peligrosa, cosa que hubiese sido una pavada comparada con lo que le esperaba allí adentro. Emiliano ya se había olvidado del expediente, del informe y solo se imaginaba naufragando en plena noche en una ruta que cual torrente lo arrastraba hacia los pantanos de la Colonia. Por unos segundos

se le vino a la mente la famosa doctora que asomaba su brazo entre las arenas movedizas clamando por una ayuda que nunca llegó. Pasaron las horas y la tormenta solo fue en aumento y ya la salida de la colonia hacia Boedo era imposible. Quedaban muy pocos empleados que no tardaron en irse (Nilda incluida) ya que vivían a unas pocas cuadras de la Montes de Oca, en el cercano pueblo de Torres. Emiliano preguntó por un hotel en las cercanías y le dijeron que no había. Antes que reaccionase maldiciendo su suerte, el guardia de seguridad le propuso quedarse a dormir ahí. El hombre le relató con lujo de detalle los incontables peligros de internarse, con ese vendaval, en una ruta desconocida, oscura, inundada y llena de baches. En un principio esa idea le pareció buena y le generó cierto alivio ante la posible catástrofe de morir ahogado en un paraje desconocido o que la fuerte correntada lo arrastrase a los pantanos y como en las películas de terror (Emiliano las detestaba) solo quedase a la vista, sobre el barro, el portafolio como señal de su existencia. Pero cuando un potente rayo estalló en la cerrada noche y los tétricos pabellones resplandecieron en la oscuridad, se le heló la sangre y creyó perder el conocimiento por unos segundos y solo volvió a la realidad cuando el trueno siguiente fue tan fuerte que las paredes de la administración parecieron crujir con riesgo de desmoronarse. El reloj de la pared de la oficina marcó las 22 horas y ya el destino de Emiliano estaba decidido. Se iba a quedar a dormir en la Colonia. En algún libro milenario y secreto ya figuraba ese día en su vida, con fecha, lugar y hora. El siniestro guardia que lo había recibido por su nombre al ingreso, le dijo que en el pabellón 2, el más confortable, no había camas disponibles. Es que aquí nadie se queda a dormir, le dijo como probando sus nervios. Emiliano hizo oídos sordos y continuo inmutable. Le ofrecieron, otra alternativa no había o él pensaba que no había, una habitación en el tercer piso del solitario pabellón 7. Desde allí no se escucha nada ni escuchan a

nadie, arremetió el guardia, va a poder dormir tranquilo. Llamaron a un tal Juan, que le pareció cara conocida, un paciente oligofrénico, pero en vías de recuperación. En cuanto se acercó Emiliano apenas pudo ahogar un grito de terror. Juan era el cojo que él había perdido en el espejito retrovisor cuando ingresó al establecimiento. Juan se acercó y Emiliano comprendió que esa diabólica sonrisa era parte de su deformación facial. Bajo un destartalado paraguas lo cobijó por el oscuro sendero que se iluminaba solo cuando un relámpago tronaba en el cielo. El pabellón 7 no se veía y la tormenta arreciaba con ferocidad. A solo diez metros de distancia apareció, de repente, la aciaga casona rodeada de cipreses que besaban el suelo doblados por el viento. Casi a tientas llegaron a destino. Juan empujó la puerta, trancada con un madero, y se dirigieron al fondo donde estaba la escalera que los iba a llevar al tercer piso. La escalera de tablas gastadas se lamentaba ante cada pisotón. Por un momento Emiliano temió caer en una abertura y desaparecer en la oscuridad. Ya en el tercer piso, caminaron por un pasillo largo, interminable en el tiempo y espacio, tratando de llegar a la habitación asignada al fondo del corredor. La luz mortecina que iluminaba el pasillo era producto de unas lamparitas sujetas por cables que el viento mecía constantemente y entonces a veces Emiliano caminaba solo porque su acompañante desaparecía en las sombras y otras veces cuando la lamparita se quedaba quieta aparecía nuevamente a su lado. Mientras no lo veía solo escuchaba el golpe dispar de su pierna coja en las maderas del piso. Cuando algún destello de luz del cielo aparecía, solo quedaba iluminada esa horrorosa sonrisa de esqueleto. En medio de una tenebrosa oscuridad llegaron a la habitación. Juan abrió la puerta y en ese momento se produjo el clásico chirrido que producen las bisagras en las películas de miedo. La pieza era fría, vieja y húmeda. Antes de abandonar a Emiliano a su suerte, Juan le dio unos consejos que con esfuerzo pudo entender. Qué trabase la puerta por

dentro, le ordenó, porque a la noche algunos internos salen de sus pabellones y entran a cualquier habitación que tenga la puerta sin cerrojo. No son de temer, añadió en un idioma más entendible, pero sus alaridos producen escalofríos hasta en los sordos y como despedida se despachó con algo que Emiliano Renzo nunca hubiese querido escuchar, y fue que en el lugar donde iba a dormir usualmente lo hacia la Dra. Giubileo. En apenas un segundo Juan desapareció y Emiliano temió que hubiese quedado escondido dentro de la habitación. Trabó la puerta y se acostó vestido, no sin antes auto convencerse que no le quedó otra alternativa y seguramente morir ahogado en los pantanos arrastrado por la corriente resultaba mucho peor que dormir en ese lugar. En ningún momento despegó su vista del picaporte que alucinó se movía a cada rato como si alguien intentase abrirlo. La tormenta no aflojaba y repentinamente se cortó la luz. No existían la linterna de los celulares, ni los celulares, así que, en la total oscuridad, solo modificada por algún relámpago que le traía imágenes de sombras siniestras, de intrusos deformes deambulando por la habitación y gritos desgarradores que se materializaban en cuerpo y alma. Emiliano pasó horas sin pegar un ojo. Pero como en toda historia de terror el sueño termina venciendo, sus ojos fueron cerrándose lentamente dando lugar a las más atroces pesadillas. Soñó con la mano huesuda, cual garra, de la desaparecida doctora que salía del pantano y lo arrastraba por todo el sendero hasta asfixiarlo en el hediondo lodo. De repente en mitad de la noche Emiliano se despertó sobresaltado. Primero escucho un estruendo, un grito aterrador, la luz de un relámpago iluminó la habitación y vio con pavor como el picaporte giraba enloquecido movido por una fuerza exterior. La cerradura finalmente cedió y la puerta se abrió violentamente. No podía moverse por el miedo, quiso saltar de la cama para protegerse tras un armario, pero sus piernas no obedecían las órdenes del cerebro. La luz de los relámpagos dejó ver una figura deforme y

amenazante con una cuchilla en la mano que se acercaba decidida hacia la cama. La siniestra sonrisa delató al intruso y en solo un segundo (que lo sintió como un siglo) Emiliano se convenció que iba a morir. Un alarido de horror surcó la noche como una herida profunda y desgarradora y después el sepulcral silencio se adueñó del lugar.

A la mañana siguiente, en su diaria recorrida, Juan entró a la habitación. Estaba vacía. Tendió la cama de por si desordenada, limpió las manchas rojas de la pared y se fue al comedor a esperar, sonriente, su cotidiano desayuno.

El automóvil de Emiliano jamás fue encontrado, solo años después un neumático emergió por escasos segundos y apareció flotando en los pantanos y que por supuesto nadie vio antes de ser tragado nuevamente por el lodo pútrido sepultando para siempre las evidencias de algo que tal vez nunca haya sucedido.
